

para seguir los problemas de la economía del mundo con un saber claro de que son obra nuestra y como tal, sujetos al curso natural de nuestras vidas. «Pero, sobre todo—comenta—debemos ampliar la educación económica. Debe comprender el público que las crisis son periódicas y que hasta el presente, el fin les ha llegado bastante ligero.»

Con la buena educación económica que anhela Maurois para los pueblos, tendrían menos ocasión de profetizar los expertos. Confiarían menos en que su economía fuera del manejo exclusivo de esos privilegiados. Y serían a la vez más ágiles en el exterminio de las causas que los precipitan a estas catástrofes. Las industrias, las finanzas, son el centro del torbellino que sume al mundo en esta crisis terrible. Pues esas industrias y esas finanzas crecieron y se multiplicaron, como siguiendo la orden bíblica, por la inspiración de los expertos. Para esta casta lo importante era infundir un soplo de prosperidad, deslumbrar a los hombres con sus poderes creadores. Y los hombres se sumieron en el resplandor que veían como luz auroral. Los expertos dominaron, se apoderaron de la ignorancia humana, de la superstición, para ser los amos del mundo inmensamente próspero.

Pero toda esa obra precipitada de los expertos no sería posible si los pueblos pudieran contenerla por medio del sentido económico que les diera la educación. No podrían ya los expertos hacerse reverenciar como si fueran magos. En ellos no sería posible ver otras capacidades que las del hombre unilateralizado, especializado y en último término, rutinizado. Porque en esto degeneran todas esas mentes que se arrojan el conocimiento común de los pueblos. La rutina sustituye a todo poder creador. En verdad, ellos no pueden crear. Son otras mentes las que encuentran la veta de la originalidad. Son las mentes de los estadistas, es decir, de los hombres que tienen la visión total de un país, que no se unilateralizan, que no se limitan, que trabajan para una posteridad cierta y durable. El estadista sí crea. Cuando un país lo tiene, no da pasos vacilantes. Lo terrible para toda nación es que el experto quiera ser considerado como estadista. La mata, porque le pudre su economía, su educación, todo lo que hace de ella unidad robusta. El experto se hace en los libros, en los negocios, en las tertulias. De esos esmeriles sale reluciente. En cambio, el estadista es él mismo su fuente de inspiraciones. Del espíritu le brota una patria. El experto podrá trabajar en su pulimento, pero es simplemente un obrero que nada puede transformar. El mal grande es cuando olvida su condición de subordinado a un plan creador.

Se le mira, en aquellos pueblos que carecen de educación económica en particular, y de educación en general, levantando instituciones económicas, instituciones educacionales, sin encontrarles un arraigo profundo en el plan de desarrollo armónico de un país. El afán es deslumbrar a los hombres, imponerlos de sus capacidades para producir pros-

peridad. Y es mal grande este, porque toda institución que se crea nace de la entraña misma de un país. De allí se alimenta, con lo cual va comprometiendo la existencia de ese país. Los días prueban que nació sin derecho, por la falta de visión del experto, y entonces el país siente hipotecada, enajenada su vida independiente. Una crisis como la que deshace lo artificial del mundo en que vivimos, es el sepulcro de todos aque-

llos engañosos progresos que le echan encima a un país los expertos con sus instituciones fofas. Pronto las sume en la ruina y con ella viene la pérdida de tantas seguridades de la independencia de una patria.

El experto sirve, pero subordinado; nunca amo como el estadista. Desgracia infinita es que el experto es la plaga de los pueblos. Por él la subordinación, la factoría, la colonia.

Juan del Camino

Cartago y enero del 31.

Gabriel Alomar...

(Viene de la página 25)

doraba la púdica tela azul que como estameña pretendía ocultarnos «nuestros ticianos», nuestras honorables sirenas burguesas. Alomar adora su tierra y no se le escapa un solo reflejo del sol en las nubes, en el mar, en la deliciosa curva de la bahía, que llega hasta al otro lado de Porto Pi. Es preciso saber lo que vale esa línea entre mar y cielo, centrada por dos arcos de triunfo llameantes: la Catedral, la Lonja; y dibujada, a un lado con el realce del castillo de Bellver, entre pinares, y a otro, con los blancos arabescos manchegos del Molinar, para darse cuenta del influjo que ejerce en el alma de un poeta. La bahía de Palma, con su tono encendido, naranja de oro, basta para amarrar la ternura de un hombre de bien. Pero si este hombre desea, ante todo, paz, libertad de quietud en la vida diaria como único medio de lograr libertad de movimiento en la vida espiritual, se acabará de comprender cómo ha organizado su existencia, a la defensiva, y cómo se atiene a ella, aunque su destino acaso fuera otro más agitado y más brillante.

Esa felicidad se paga, querido Alomar. La quietud es dulce. Buena tienda de campaña el retiro para quien sabe dónde está la verdadera lucha y va a buscarla donde sea menester. Pero unas cosas se obtienen a cambio de otras. Sonando siempre desde Mallorca, la voz llega a parecer impersonal. Interesándose en todo, día por día, manteniéndose alerta, pensando muchas veces por los demás, adelantándose, sintiendo con más fina sensibilidad lo que el pueblo debería sentir; cumpliendo, en suma, el deber de una «conciencia vigilante», ocurre, fatalmente, lo contrario de lo que debería ocurrir. Al pueblo no le basta lá

voz. Quiere tener el hombre. Quiere verlo, saber de él. Grandes ejemplos pondríamos de ausencia inverosímilmente olvidadas. Y grandes razones podríamos encontrar para explicarnos tales olvidos. Alomar, en Palma, es algo más que un catedrático del Instituto. En España es algo más que una voz. Sin embargo, ni en su ciudad ni en su patria llega a ser plenamente lo que en realidad es. Falta la acción de presencia. Falta el género de acción, que aquí es indispensable para que a un hombre de pensamiento lo tengamos presente.

Por eso está bien la idea del homenaje, al que hemos de asociarnos con entusiasmo todos los escritores que vemos en Gabriel Alomar uno de los más altos ejemplos de nuestras letras y de nuestro tiempo. He propuesto en otro lugar como medio de dar forma a la manifestación de gratitud pública, aparte de la edición de sus obras, la publicación de un libro de labor colectiva, como se hizo con Menéndez Pelayo y Ramón y Cajal. Libro de estudio y de laboratorio, que en honra de Alomar podría dedicarse a su tema predilecto: *Teoría, práctica y método de la libertad*. Contribución al estudio de las enfermedades de la libertad. Y si hubiera otro homenaje mejor, más adecuado y más digno, contribuiría a ello en la medida de mis fuerzas. A todos nos complace pensar que el puro nombre de este escritor demócrata ha de unir a muchos españoles de toda España, acaso con adhesión más extensa que la de ningún otro. Yo creo que éste será el primer efecto del homenaje a Alomar, y que sólo ello bastaría para felicitarnos de que haya llegado esta hora de justicia.

Luis Bello

Un Congreso de filántropos

(Cuento para niños)

Había una vez un pobre pescador, que pescaba, y pescaba, y pescaba todo el día, sin sacar más que un puñado de algas.

—Ay de mí!—exclamaba—¿qué me irá a suceder? Nada tengo para llevar al mercado mañana, ni un céntimo para la casa! Si entro con mi canasta vacía, mi mujer me dará en la cabeza con la sartén o tal vez hasta con el caldero grande. Y se puso a sollozar tan fuerte que los peces lo oían de lejos, debajo del agua, y sus corazones sensibles se conmovían.

—¿Nadie se sacrificará?, preguntó el salmón poseído de entusiasmo: la causa es bella!

Y convocó para un mitin de peces—cada especie debía enviar un representante—a fin de discutir el asunto y ver lo que había de hacerse. Formaron un círculo, y el salmón que presidía, habló primero. Contó la triste situación del pescador (que ya todos conocían) y no hubo un solo corazón de pez que no palpitará de simpatía.

—¿Quién de nosotros se sacrificará? continuó el salmón. Yo debía ser quien